

China: un cuarto de siglo bajo reformas y las lecciones de la historia

Sergio Cesarin

El presente trabajo analiza el cauce de las reformas aplicadas por China desde 1978 en sus dimensiones económicas y políticas. Plantea que para una adecuada evaluación sobre su importancia e impactos sistémicos se debe atender a variables históricas relevantes sobre las que residen las respuestas del éxito chino, así como también a interrogantes sobre su futuro.

Un día, el gorrión ofreció un banquete al martín pescador y al águila. El gorrión dijo al martín pescador: “Usted, con un traje tan bonito y llamativo, naturalmente debe tomar el puesto de honor”. Luego dijo el águila: “Aunque tiene un cuerpo muy grande debe tomar un puesto secundario porque su traje es indecoroso”.

Al oírlo, el águila enfadada exclamó: “¿Por qué sólo prestas atención a las apariencias?”. El gorrión le contestó: “¡Ah, ah...! Lo hago porque tengo una mente estrecha y los ojos muy pequeños”.

“El gorrión”, extraído de *Fábulas antiguas chinas sobre animales*, compilado por Ma Da, Ediciones en Lenguas Extranjeras de Beijing, 1991.

INTRODUCCIÓN.

BREVE HISTORIA DE LA HISTORIA

Luego de un cuarto de siglo de reformas, China surge hoy con renovada luz y esplendor como resultado de su poder económico, del protagonismo adquirido en el sistema internacional, de sus conquistas tecnológicas y de la influencia en la construcción

de un nuevo orden en Asia. Sin menospreciar los argumentos sobre la dinámica del presente y su futura proyección, las conclusiones de esta etapa serían incompletas si no contemplaran una relectura histórica que complete los actuales enfoques y enriquezca las perspectivas del escenario interno y sus posibles derivaciones en el largo plazo, tras un cuarto de siglo de reformas económicas y políticas (1978 –

2003). Evaluar los logros alcanzados y reconocer asignaturas pendientes producto de la política de puertas abiertas, impone la adopción de una visión retrospectiva, una secuencia larga que nos ayude a desentrañar parte de los porqué del éxito de una China reformada y proponer interrogantes sobre su futura viabilidad.

Para evaluar los logros y reconocer las tareas pendientes hay que adoptar una visión retrospectiva.

En ocasiones, las exigencias que imponen las respuestas del hoy sepultan siglos de esplendor, liderazgo en la región, una posición dominante como poder en Asia, un Imperio Moderno en función de su sofisticada organización político-institucional y una organizada burocracia capaz de administrar los asuntos públicos y sostener el orden del Imperio sobre la base de laxas relaciones de subordinación con sus vecinos, antes que depositarlas en la simple imposición derivada de la ocupación militar. Por este motivo, ante la actual coyuntura política y económica del país, la reflexión sobre el camino recorrido por China en un cuarto de siglo de reformas motiva volver hacia su historia “reciente” (plagada de alteraciones, conflictos y clivajes) como recurso metodológico proveedor de argumentos explicativos sobre los porqué del éxito y la eventualidad de la ruptura. Los atributos históricos de China trascienden el tratamiento que se le ha de dar en este artículo, pero reconocida es su aplicación en las elaboraciones de diagnóstico sobre la

China de hoy, emergente como potencia económica y política. Los argumentos históricos no son nuevos pero, en el afán de construir hipótesis sobre el futuro, siguen brindando riqueza teórico conceptual aplicable a desentrañar las circunstancias del presente para construir un balance del camino recorrido por China en un “ciclo corto” de su historia, como son los veinticinco años de reformas.

Hasta mediados del siglo XX, la situación económica del país se caracterizaba por la extendida pobreza, y el atraso económico, en combinación con la persistencia de un sistema político imposibilitado de asumir su propia adaptación (modernización) al cambiante escenario interno y externo. Una acotada burguesía urbana, con epicentro en las grandes ciudades, recién despertaba, no adquiriendo representatividad en términos de compromiso y acción política sino hasta la primera década del siglo XX. A pesar de sucesivos intentos y del compromiso de reformistas más o menos ligados a la tradición o embelesados con las nuevas teorías y conceptos provistos por Occidente, fue imposible para el Imperio romper el molde político hasta que el cambio no fue impuesto desde adentro sino desde afuera, no como proposición política sino como revolución social.

Con el correr del siglo, la tensión entre “tradición” y “modernidad” se vería reflejada en el movimiento republicano. Sin embargo, luego del éxito inicial, la revolución nacionalista no logra consolidar un escenario de estabilidad interna que posibilitara la realización del ideario fundado en los Tres Principios del Pueblo

(San Mìn Zhu Yi) planteados por Sun Yat Sen: nacionalismo, democracia y desarrollo. Durante las décadas de los años treinta y cuarenta, el comienzo de la guerra civil y la invasión japonesa pondrán en jaque el proceso de industrialización endógena sostenida por una “clase burguesa” atada al poder, pero atenta a las nuevas condiciones provistas por el entorno regional e internacional.

La fundación de la R.P. China generó nuevas expectativas bajo la presunción de que una distinta configuración de fuerzas políticosociales y la redefinición del sistema económico pondrían al país nuevamente en la senda del desarrollo, elevándola al rango de potencia políticoeconómica que poseyera como poder central en Asia (Kennedy, Paul, 1995). Los beneficios de un sistema de economía centralmente planificada dieron por resultado una mejora en la situación de obreros y campesinos, generando una base industrial (industria pesada y liviana) sobre los restos de las antiguas factorías textiles, artesanales y agroindustriales. Difícil transición que, pese a la reforma agraria, la confiscación de bienes de nacionales y extranjeros y la nacionalización de activos, pudo ser controlada gracias al ejercicio de poder político absoluto por parte de Mao y la sujeción política (cooptación) de la burguesía remanente gracias al pago de una renta fija por parte del Estado.

Sin embargo, los fallidos experimentos como el “Gran Salto Adelante” y la Revolución Cultural, alentados por Mao y su irrefrenable personalidad, legaron décadas de apremio para los campesinos y residentes urbanos. Atentos a la ines-

tabilidad provocada desde “la política”, buscaron refugio en la producción a escala local, sobreviviendo en un medio político y económico hostil que erosionó las bases de legitimidad política del Partido Comunista (PCCh) y alentó respuestas contestatarias intrapartido del hasta ese momento (fines de la década del sesenta), indiscutido liderazgo del Gran Timonel.

La economía centralmente planificada generó una base industrial sobre los restos de factorías textiles, artesanales y agroindustriales.

A fines de la década del setenta las condiciones políticas internas varían radicalmente. El ascenso al poder de los reformistas liderados por Deng Xiaoping, varias veces purgado y perseguido políticamente, abre el camino para la aplicación de las Cuatro Modernizaciones (agricultura, industria, ciencia y tecnología y defensa) que preludian la realización de las reformas políticas y económicas dilatadas por décadas. En un cuarto de siglo, la regulada economía planificada de los setenta ha dado un “salto adelante”, transformando a China en la primera economía del mundo en desarrollo, la sexta potencia económica mundial, la primera economía receptora de capitales de inversión y un indiscutido *big player* en el campo político internacional. Esta China transformada asombra por su eficiencia en procesar exitosamente las nuevas condiciones internas y externas.

En ocasiones, el éxito chino es percibido como un enigma a develar. Sin embargo, los fundamentos residen en su propia historia. Los “atributos” del pueblo chino históricamente exitoso en términos de innovación, cultura mercantil y superación de adversidades, encontrarían en el oasis reformista la oportunidad de realizar aquello que determinantes internos y externos habían demorado. Al intentar explicar el pasaje de la incredulidad al asombro en un cuarto de siglo, los argumentos no pueden soslayar las tradiciones, cultura y raíces ético-morales que enaltecen el legado chino y que adaptadas a los determinantes de un escenario mundial distinto son, y seguirán siendo, funcionales a una “eficiente” respuesta por parte de la sociedad china a los imperativos impuestos por la profundización de las reformas económicas en las décadas por venir¹.

Las “cuatro modernizaciones” preludian la realización de reformas políticas y económicas postergadas por décadas.

Desde esta perspectiva, el argumento central de este ensayo se refiere a que en un “corto ciclo histórico” China ha podido realizar el anhelado objetivo de reformarse a sí misma con innegable éxito. La historia de luchas, restricciones externas y condicionantes parece haber quedado atrás, abriendo paso a un promisorio es-

cenario de transformación cuya proyección temporal augura la evolución positiva de las variables macroeconómicas.

Sin embargo, así como la historia enaltece la capacidad de adaptación de la nación china, también la dinámica de los acontecimientos económicos y políticos actuales impone un toque de atención. Para China, la historia de “contradicciones” sociales que avalaron el surgimiento de movimientos revolucionarios y abrieron las compuertas de la lucha interna es todavía un recuerdo perdurable. Las crecientes desigualdades sociales, las asimetrías de ingreso y las tensiones campo-ciudad adquieren renovada importancia para la clase política y definen la agenda interna de políticas públicas. Conscientes de la necesidad de releer la historia, los líderes chinos siguen atentamente la cuestión social con el fin de atenuar las tensiones y adecuar el ritmo de apertura al sostenimiento de la paz y la estabilidad internas.

1. LAS IMÁGENES DEL NAUFRAGIO Y LA APERTURA: LAS LECCIONES DE LA HISTORIA

El 22 de diciembre de 1978, el comunicado de la III Sesión Plenaria del XI Comité Central del Partido Comunista de China (PCCh) anunciaba el comienzo de una nueva era. La tarea de “modernización socialista”, sin abandonar “los principios cardinales” de acción política, estaría centrada en la modernización agrí-

¹ En este sentido, son reconocidos los argumentos que comparan la transformación china con la restauración Meiji en el Japón de fines del siglo XIX.

cola, industrial, la defensa nacional y la base científico-tecnológica del país.

Para recuperar sus valores y tradiciones y reposicionarse como poder dominante en Asia, China debía regresar a su historia.

Atenta a las crueles imágenes que la Revolución Cultural había dejado, la preocupación de la nueva dirigencia liderada por Deng Xiaoping proyectaba la urgencia en definir reglas de juego económicas y políticas. Si para muchos burócratas, poco convencidos de la propuesta reformista, existían dudas sobre los cambios por venir en términos de erosión ideológica y movilización social, las vívidas manifestaciones del frenesí y caos interno los convencerían de la pertinencia del horizonte propuesto por Deng: una China que debía “regresar a su historia” para recuperar su esencia de valores y tradiciones con el fin de reposicionarse como poder dominante en Asia gracias a su fortaleza económica y poderío militar.

Las endeble bases políticas que destruyeron el legado de estabilidad interna y la consiguiente deslegitimación partidaria frente a la atónita sociedad china confiada en su dirección y liderazgo, debían ser eliminadas; la institucionalización de procedimientos, prácticas y conductas y la sujeción del partido a las

mismas fue uno de los principales objetivos fijados por la nueva conducción con el fin de someter las voluntades individuales al interés colectivo².

El espacio de autocritica interno sobre las lecciones del pasado fue inmediatamente cerrado, y la concentración de energías partidarias canalizada hacia la tarea de construcción económica. Los llamados a protagonizar el proceso, campesinos, obreros e intelectuales, fueron convocados como parte del proceso de construcción de consenso propuesto por Deng Xiaoping³.

1.1 En busca del “socialismo con características chinas”

En la década del ochenta, el dato histórico central provendrá del lento paso desde una dinámica de los acontecimientos dependiente de la imposición ideológica de Mao hacia un escenario de mutación de valores que poco a poco lo transformarían en “parte” de la memoria colectiva, pero no de su centro. Las conjeturas sobre el nuevo escenario acentuaban el desbalance del poder interno y las alteraciones a las que se veía sometida la posición de los reformistas, en permanente puja con los sectores “ortodoxos”.

Deng representaría el papel de árbitro y “centro” de la escena política. Gracias a su prestigio y a sus méritos como gran revolucionario, equilibraría las pu-

² Xiaoping, Deng, *Problemas fundamentales de la China de hoy*, Beijing, Editorial de Lenguas extranjeras de Beijing, 1987.

³ Las resoluciones sobre lo actuado desde la fundación del PCCh y las posiciones expresadas por los diferentes líderes pueden ser analizados en: *China, Reforma y Apertura. Informes, documentos y discursos*, Editorial Política, La Habana, 1990.

jas y tensiones internas entre el gobierno y el partido, tratando de sostener en sus posiciones a los cuadros que veían en la senda reformista un futuro promisorio, frente a quienes percibían en los cambios en ciernes la génesis de tensiones sociales que, en última instancia, enfrentarían al partido con nuevas “relaciones de poder” atentatorias de su monopólica posición política.

La reforma se trasladó del campo a la ciudad cambiando la naturaleza de la revolución socialista pero no su lógica esencial.

El Estado progresivamente cede su participación en la economía a través de la transferencia de responsabilidades gerenciales hacia niveles inferiores, descentraliza decisiones y adhiere a planes basados en criterios orientadores por encima de los taxativos. Se aplican medidas tendientes a fortalecer la capacidad de autogestión de los gobiernos provinciales y locales. La gradualidad del experimento y su ajuste a una secuencia acordada y consensuada con los distintos factores de poder habilitó la creación de Zonas Económicas Especiales (ZEE) en el sur del país.

Hacia mediados de la década, la recepción de inversión externa aplicada a la creación de una nueva base industrial sostendría el proceso de dinámica reinserción de China en el sistema económico mundial. El centro de la reforma se traslada desde las zonas rurales a las

ciudades, cambiando la “naturaleza” de la revolución socialista pero no su lógica esencial. Como décadas atrás, la revolución comunista comenzó en las zonas agrícolas y luego llegó a las ciudades; de la misma forma, los primeros éxitos reformistas obtenidos en las zonas rurales debían hacer sentir su impacto en las áreas urbanas. La revolución ideológico-política era reemplazada por la lógica impuesta por el mercado.

La modificación del sistema de propiedad de la tierra, las incipientes reformas en el sector financiero, y la desregulación del mercado laboral fueron concebidos como instrumentos de política económica tendientes a obtener mejores condiciones de competitividad para las empresas chinas y extranjeras. Acompañan estas iniciativas sucesivas reformas administrativas orientadas a reducir la burocracia gubernamental y tornar más eficiente los procesos de definición, planificación e implementación de políticas públicas.

Los resultados de las medidas adoptadas mostrarían la certeza de la estrategia adoptada. La convergencia de factores como el *boom* de consumo interno, el incremento de los niveles de producción en las industrias livianas, la incorporación “al mercado” de segmentos poblacionales antes postergados y el ensanchamiento de oportunidades provisto por el mercado mundial, aumentó la participación del comercio exterior en la generación de riqueza nacional, transformándose en uno de los factores dinámicos del crecimiento acelerado del PBI.

Las reformas políticas estaban presentes por el simple hecho de que las reformas económicas quebraron el control

monopólico de la arena política y el “ejercicio autocrático del poder”. El dinamismo y celeridad con que se aplican las reformas arriba descritas abrió cauces para la protesta social. La movilización de estudiantes e intelectuales mostró las ansias por lograr la “quinta modernización”, como correlato indisoluble de la mayor apertura económica⁴. La derivación de las pujas tras bambalinas emergería en un escenario de crisis recién en 1989, cuando la acumulación de tensiones internas exacerbó la movilización social y puso en jaque la capacidad de administración del proceso de cambio por parte del partido.

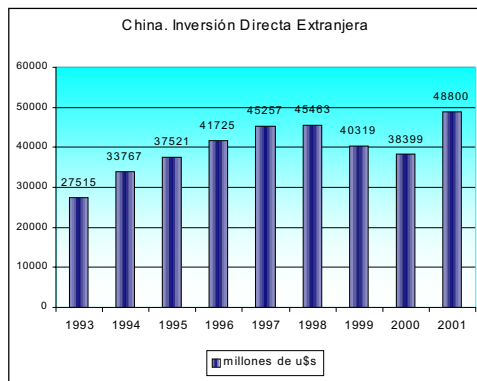
1.2. La “década de oro”

Los noventa fueron para China una “década de oro”, periodo en el que consolida sus reformas, abriéndoles nuevos cauces. Crece exponencialmente la inversión extranjera directa (IED) en su mayor parte proveniente de los “compatriotas” de Hong Kong y Taiwán.

EVOLUCIÓN DEL COMERCIO EXTERIOR DE LA REPÚBLICA POPULAR CHINA (EN MILLONES DE DÓLARES)

Año	Importacion	Exportacion	Total	Balanza
1993	103960	91740	195700	-12220
1994	115610	121010	236620	5400
1995	132080	148780	280860	16700
1996	138830	151050	289880	12220
1997	142370	182790	325160	40240
1998	140240	183810	324050	43570
1999	165700	194930	360630	29230
2000	214657	249131	463788	34474
2001	241200	269200	510400	28000
2002	295220	325570	620790	30350

Fuente: China Statistical Yearbook, 2003.



Fuente: China Statistical Yearbook, 2003

Una nueva clase dirigente, la tercera generación de líderes, aventando los temores de la transición post-Deng, asume la conducción del país. En una clara manifestación de diferenciación respecto de la etapa liminar de las reformas, el eje económico es trasladado a la ciudad de Shanghai, reconfigurando el espacio geoeconómico. Política y doctrinariamente, los dirigentes chinos (gobierno y partido) asumen como inexorable el camino reformista, no existiendo margen para la regresión.

En sus intentos por mejorar la calidad de las políticas aplicadas, el énfasis de la tarea de gobierno y el sentido de su “acción política” busca profundizar las reformas en el medio urbano, reestructurar el sector industrial sobre la base de la “propiedad pública” de los medios de producción, pero abriendo las compuertas al debate sobre formas de propiedad que institucionalizarán las “relaciones de producción”, congruentes con el nuevo diagrama sectorial de intereses. Los “efec-

⁴ Cesarin, Sergio y Moneta Carlos, *China: perspectivas del presente, desafíos del futuro*, Buenos Aires, Eduntref, 2002.

tos no deseados” de las reformas (corrupción, desempleo, inequidad) adquieren importancia creciente en la agenda interna sobre políticas públicas. A partir de entonces, la “cuestión social” aparecerá en el epicentro del debate interno sobre cómo brindar a los trabajadores urbanos y rurales desplazados garantías de contención social.

La cuestión social aparece en el epicentro del debate interno.

China profundiza su inserción económica internacional mediante la adhesión a regímenes multilaterales en materia de seguridad, comercio y cooperación política. En esta etapa, el principal eje de acción negociadora residió en la malla de acuerdos necesarios para alcanzar la ansiada meta de ingresar a la Organización Mundial de Comercio (OMC). En este sentido, Europa (UE) y el mercado estadounidense resultaban determinantes para China, a pesar de los periódicos conflictos bilaterales existentes en materia comercial y política.

La interfase virtuosa entre el sector científico-tecnológico del país y el sector industrial, de manera similar a las experiencias de las economías asiáticas más avanzadas, posibilitó el permanente aumento de los flujos de intercambio comercial con el mundo. Las empresas de capital externo (FIE) constituyeron la base

para mantener el ritmo de crecimiento de una pujante economía privada que sostenía la evolución del sector exportador chino en los noventa⁵. La recuperación de la soberanía sobre Hong Kong (1997) y Macao (1999) fortaleció la posición político-económica internacional del país y consolidó un escenario de creciente interdependencia en la Zona Económica China (ZEC), al que progresivamente se unía Taiwán.

El surgimiento de nuevos actores económicos y centros de poder ligados a las finanzas, el comercio y la industria (una nueva burguesía urbana) sumados a los tradicionales (partido, ejército, gobierno) aceleró la “dilución ideológica” de los argumentos *hard* contrarios a la reformulación operativa de las empresas estatales (SOE), los medios de regulación social sobre las migraciones internas y los cambios en el sistema de propiedad pública. El reconocimiento social y corporativo de los “ahorristas pequeños y medianos” significaría en la práctica asumir su entidad y protagonismo como interlocutores en una negociación y depositarios de reales cuotas de poder dentro del proceso de toma de decisiones sobre gestión de recursos, estrategias corporativas y políticas empresariales.

En este orden, la enunciación doctrinaria central recaería sobre la “política de las tres representaciones” efectuada por el ex Presidente Jiang Zemin. Oficializando el ingreso de los “empresarios” al par-

⁵ Durante el año 2002, las FIE exportaron por valor de 169.900 millones de dólares (un 27,6% respecto del 2001) e importaron por valor de 160.300 millones de dólares (27,4% más respecto al 2001), concentrando el 53% del comercio exterior del país. Hong Kong Trade Development Council (HKTDC), Market Profile on Chinese Mainland, October 2003.

tido, no sólo reconocía la “verdad en los hechos”, producto de una nueva realidad económica, y el diverso mapa de intereses sociales, sino también enviaba una fuerte señal: la rápida reacción por parte del poder era muestra de que la “construcción del consenso político” seguiría en manos del partido gobernante.

Desde comienzos del siglo XXI, China consolida el avance hacia la resolución de la agenda pendiente de reformas directamente resultantes de los compromisos de incorporación a la OMC, que incluyen la apertura del sector financiero al capital extranjero, la oferta de nuevos sectores para la radicación de inversiones externas, la caída de barreras arancelarias y no arancelarias y la posibilidad de que firmas extranjeras operen en el mercado de capitales.

La herencia de un nuevo escenario político, económico y social comienza a diseñar la transición bajo la perspectiva impuesta por el inminente cambio de dirigencia política.

1.3. Conjeturas sobre política exterior

En el campo internacional, los años ochenta significaron para China el florecer de una nueva etapa durante la cual una dinámica política de apertura externa mantuvo sincronía con el proceso de distensión con sus vecinos. La sistemática práctica de negociaciones tenía como objetivo construir y asegurar un ambiente externo de “paz y estabilidad” funcional a la estrategia de modernización preconizada por Deng Xiaoping.

Pese a la crisis interna, China ingresó con fortaleza y legitimidad en la post Guerra Fría.

La activa política exterior China intentó reconstituir vínculos heridos con las naciones de su periferia, incluso con su antiguo enemigo, la Unión Soviética y fortalecer los lazos con Estados Unidos y Europa. Interesante será observar, desde mediados de la década del ochenta, la convergencia de iniciativas de reforma entre China y la Unión Soviética, que facilitó la recomposición de relaciones entre partidos y gobiernos, dando fin a un período caracterizado por la dinámica tripolar de poder en Asia (Yahuda, M. 1995).

Los noventa encontrarían a China ingresando en la post Guerra Fría con particular fortaleza y legitimidad a pesar de la crisis interna por la que atravesó. Las complejidades de un “nuevo mundo” no podían soslayar la necesidad de contar con China como aliado o interlocutor en los temas de la nueva agenda internacional que progresivamente se imponían: los clivajes étnico-religiosos, las crisis humanitarias, los acuerdos de reconstrucción de un orden mundial estable, la mantención del equilibrio de fuerzas en el sudeste de Asia. La desaparición de la Unión Soviética y el papel que estaba destinada a cumplir en el sistema económico mundial forzaron a los Estados Unidos y a los países europeos a partir de la base de que había que alejar a China de sanciones y brindarle la bienvenida como nuevo poder cooperante.

En los años noventa, China rigió su conducta externa bajo patrones de cooperación.

El estable escenario interno y las oportunidades que planteaba la globalización abrieron un sendero de crecimiento indetenible a lo largo de la década. Para quienes en el corazón del poder estadounidense pensaron en la confrontación, la evidente fortaleza económica y política de China provocó miradas de asombro que alentaron un cambio cualitativo en los enfoques de política exterior, asumiendo a China como un socio estratégico y soslayando manifestaciones contrarias relativas al inexorable choque de civilizaciones (Huntington S., 1991) o el inevitable conflicto bélico bilateral (Bernstein y Munro, 1992).

Durante los años noventa, China rigió su conducta externa bajo patrones de cooperación. El ejercicio de una diplomacia asentada en la concepción de principios básicos sobre autonomía no inhibió su inserción en acuerdos regionales y subregionales de cooperación económica, su participación en regímenes cooperativos, y la adhesión a instrumentos normativos multilaterales en materia de derechos humanos y no proliferación. Como dato de interés, así como en los años ochenta, las reformas encontraron eco en su antiguo adversario –la Unión Soviética–; en los noventa, otro de sus poderosos

vecinos, la India, adoptaría el camino de apertura y desregulación económica sugerido por el modelo chino.

Para quienes alentaron la imagen de una China agresiva, la *praxis* interna y externa de política exterior en los noventa supondría una fuerte discrepancia; el imperativo de las reformas económicas imponía una velocidad de crecimiento sin precedentes para la primera economía del mundo en desarrollo que lentamente erosionaba las rémoras ideológicas imperantes tanto en el comportamiento burocrático del partido como a nivel de instituciones y gobierno. La ineludible movilidad ascendente de la sociedad china y su progresiva internacionalización favoreció el surgimiento de nuevos actores con multiplicidad de intereses capaces de integrarlos y canalizarlos; el sistema mostró su ajuste a los determinantes de la nueva correlación de fuerzas sociales, ampliando los espacios de negociación y acuerdo sociedad-Estado. La interrelación entre política interna y externa quedó demostrada en la permanente cooperación china para garantizar los escenarios de estabilidad y atenuar la intensidad de los conflictos internacionales⁶.

A comienzos del nuevo siglo, la inercia del proceso de cambio afianzó la posición de China como actor relevante del sistema internacional orientado a sostener la estabilidad del orden global sobre tres ejes de relaciones: la cooperación con los Estados Unidos, el estrechamiento de relaciones políticas y económicas con los

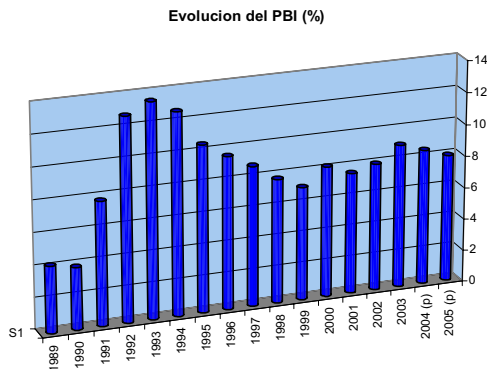
⁶ En este sentido, aleccionadoras son las iniciativas chinas respecto de la solución pacífica del dilema intercoreano, la distensión de sus relaciones con Taiwán y su adhesión a un “código de conducta” que aleje posibles enfrentamientos en el Mar del Sur de China con vecinos del sudeste de Asia.

países asiáticos y el ejercicio de nuevos campos de influencia en particular en Asia central, y África. A comienzos de la administración Bush, China dudaría del futuro status de relaciones con los Estados Unidos, pero finalmente establecería un nexo cooperativo aún más estrecho luego del 11/9 cuando la recuperación de su posición como “socio estratégico” (Clinton, 1994) redujo para los planificadores estadounidenses de política exterior la imagen de una China agresiva y contraria a los intereses del nuevo hegemon⁷.

La movilidad ascendente de la sociedad favoreció el surgimiento de actores capaces de integrar las instituciones.

En la actualidad, China construye una nueva hegemonía en Asia, a través de la seducción que causa su atractivo mercado y la política de creciente absorción de capitales y empresas embelesadas con la proyectada expansión de la riqueza interna y el nivel de ingresos de sus habitantes; las promisorias perspectivas abiertas por la gradual liberalización comercial y la desregulación producto de su ingreso a la OMC, constituyen fuertes inventivos para que las naciones del sudeste de Asia admitan la certeza de un difícil futuro fuera del área económica china.

⁷ China adhirió a la lucha antiterrorista internacional, acompañó a los Estados Unidos en las votaciones en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y ha jugado un papel determinante para atenuar el conflicto entre Estados Unidos y Corea del Norte.



p) Proyección

Fuente: Market Profile on Chinese Mainland, Hong Kong Trade Development Council, octubre 2003.

En síntesis, transcurridos veinticinco años, China es hoy una de las principales potencias políticas y económicas mundiales. Con el éxito como rasgo central del proceso, el legado de un enfoque reformista basado en la profundización, mayor alcance socioeconómico y con eje en la cuestión social, fue cedido a la “cuarta generación” de líderes políticos.

3. ¿EL REGRESO A LA TRAUMÁTICA HISTORIA?

Ante el panorama del presente y las expectativas sobre el futuro, cabe preguntarse si China no regresa a la historia, pero en su fase más traumática. Una sociedad de clases, heterogénea y diferenciada, con rasgos culturales propios y una amplia malla de contactos con el mundo; inter-

nacionalizada y pujante como lo fuera hasta mediados del siglo XIX, pero con dificultades para ajustar la flexibilización política sobre el reconocimiento de fuerzas sociales emergentes⁸.

Cabe preguntarse si China regresa a la historia, pero en su fase más traumática.

La acumulación de tensiones sociales producto de la acelerada apertura económica urbana y rural, las desigualdades entre las zonas costeras e interiores y las disparidades de ingreso entre campesinos y trabajadores urbanos disparan imágenes colectivas que recuerdan la “lucha de clases” como campo fértil para la degradación política y el fermento ideológico, que sumieron al país en el caos y la sombra hasta comienzos de los ochenta⁹. Tal vez sean éstas las imágenes rectoras del discurso del Premier Wen Jiabao cuando ante la Asamblea Popular Nacional (APN) centró sus temores y la tarea de gobierno en reducir los niveles de inequidad y el peso del esfuerzo en los sectores menos protegidos y escasamente beneficiados por las reformas.

Cabe interrogarse entonces si el “regreso a la historia” en lo económico (éxito) para fortalecer lo positivo, coincide

con similar reinterpretación desde lo político a fin de evitar el conflicto permanente. A pesar de los avances producidos, los diques de contención social deben ser aún implementados bajo la forma de redes de protección, la aplicación de instrumentos de política fiscal menos regresivos y el desarrollo local de zonas atrásadas¹⁰.

Los riesgos persisten. La “atomización social” aumenta ante el nuevo flujo del capital hacia manos privadas, los circuitos abiertos a la movilidad social y el no siempre transparente control institucional de relaciones político-empresariales. La inequidad como concepto regulador central de la voluntad de enriquecimiento, adquiere hoy rasgos peligrosos y si la erosión de la autoridad partidaria es un signo de vitalidad política, también lo es de potencial desestabilización. Un Estado menos capaz de imponer una “regulación global” en un país sometido a históricas tensiones centrífugas desvela a los politólogos chinos, preocupados por crear una nueva “cultura política” en sintonía con una sociedad mas abierta (¿democrática?)¹¹.

En este contexto, la actual coyuntura política parece representar la afanosa búsqueda del “justo medio” confuciano entre el rígido igualitarismo maoísta y la promoción de la inequidad como motor

⁸ Sobre los determinantes históricos de la probable evolución de China ver, Jenner, W.F.J., *The Tyranny of history. The roots of China's crisis*, Londres, Penguin Books, 1992.

⁹ Ver “Un colosse aux pieds d'argile; en *Où va la Chine?*, Jean Luch Domenach, París, Fayard, 2002, p. 273.

¹⁰ En este sentido, las lecciones provistas por América Latina conforman un cuerpo de conocimiento altamente valorado por analistas e investigadores chinos.

¹¹ *Ibidem*, op. cit., p. 308.

de la eficiencia y competencia económica sugeridas por Deng Xiaoping. En esta dinámica de adaptación, la posible devoción por “más Estado” podría retrotraer el escenario de retirada del poder político y lento ascenso de la sociedad civil evidenciado en los noventa, exacerbando métodos de regulación social que parecen estar condenados al abandono.

El arte ha sabido recrear los dilemas por los que China atraviesa, en particular los relativos a la construcción de la “memoria colectiva”. La exorcización de los demonios de la Revolución Cultural, la oscura trama de los vínculos entre poder-sociedad y partido, así como los “males” insertos en la tradición social china han sido coloridamente expuestos por el cine, la pintura y la prosa china contemporáneas. Históricamente adelantados a su tiempo, los intelectuales y literatos chinos de fines del siglo XIX y principios del XX anunciaron lo inevitable.

En la China de hoy, la constante apelación a la solidaridad, el mutualismo y la benevolencia parecen no tener demasiado eco; la erosión de las redes sociales fundantes basadas en la familia, parentesco y amistad no logran amalgamarse con las propuestas de rápido enriquecimiento. La neutralidad provista por el enfoque histórico sugiere que Mao es hoy en realidad un ícono inserto en la simbología china, y Deng un revolucionario exitoso “arquitecto de las reformas”.

En síntesis, todos los indicadores alientan las perspectivas de una China poderosa militar y económicamente, que avanza en su proceso de modernización sin dejar de mirar su historia como fuente

de “sabiduría política” en atención a la cambiante situación sociopolítica, porque de repetirse errores del pasado ¿contaría con una nueva oportunidad reivindicativa, como lo han sido las reformas promovidas por Deng?

En realidad, Mao sería hoy un ícono inserto en la simbología china.

CONCLUSIONES

Luego de un cuarto de siglo de reformas, ante escépticos y convencidos China ha dado muestra de capacidad de adaptación, estabilidad y responsabilidad internacional al nutrir los mecanismos multilaterales de negociación de mayor certeza y previsibilidad. Su activa participación ha modificado los escenarios de negociación y cambiado las perspectivas para el mundo en desarrollo que necesita de una nueva mirada sobre el futuro orden sistémico.

Para América Latina, China ofrece un modelo de “salto hacia adelante”, al sortear la rigidez de ideologías retardatarias del desarrollo apuntando a una estrategia de largo plazo cuyo objetivo es la gradual elevación del nivel de vida de su pueblo.

El éxito del modelo chino nos debería resultar aleccionador por sus connotaciones cuantitativas pero sobre todo por las cualitativas. La reducción de la pobreza, las mejoras educativas y la evolución de los indicadores sociales son resultado de las reformas aplicadas.

Los avances en el terreno político —por ejemplo mediante cambios consti-

tucionales que alientan la protección de la propiedad privada— denotan la percepción de la dirigencia política respecto del cambio en las relaciones de poder entre sociedad y Estado, y coinciden con el compromiso de profundizar las reformas políticoinstitucionales por parte de la cuarta generación de líderes políticos.

En este orden, el futuro inmediato y las actuales circunstancias recrean con espíritu crítico la reflexión sobre si el “interregno de estabilidad provisto por el socialismo” no fue un accidente de la historia que sirvió —fue funcional— a la estabilización política interna. Poco amistoso como innovador económico, abrió las puertas a la estabilidad creadora de un pueblo cuyas tradiciones de valor, innovación e iniciativa estaban intactas.

Sin embargo, los peligros potenciales que encierran las tensiones sociales encubren los temores sobre una historia de conflictos y tensiones internas que no desea ser repetida, a fin de lograr la ansiada meta de recrear sus ansias de potencia regional como lo era antes de verse sometida a la “globalización imperial”.

BIBLIOGRAFÍA

- Ampalavanar Brown, Rajeswary, *Chinese big business and the wealth of Asian Nations*, Londres, Palgrave Editors, 2000.
- Bernstein, R. y Munro, Robert, *The coming conflict with China*, Londres, Vintage Books, 1993.
- Birsdall, Nancy and Jaspersen Frederick (Editors), *Pathways to growth, comparing East Asia and Latina America*, Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, 1997.
- Cesarin, Sergio – Moneta, Carlos J., *China: perspectivas del presente, desafíos del futuro*, Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2002.
- Deng, Xiaoping, *Problemas fundamentales de la China de hoy*, Beijing, Editorial de Lenguas Extranjeras de Beijing, 1987.
- Dickson, Bruce, *Red capitalists in China*, Reino Unido, Cambridge University Press, 2003.
- Domenech, Jean Luc, *Où va la Chine?*, Fayard, Paris, 2002
- Gernet, Jacques, *El mundo chino*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991.
- Han Nianlong, *La diplomacia contemporánea de China*, Santiago, Editorial de Ciencias Sociales de China, 1987.
- Jenner, W.F.J., *The Tyranny of history. The roots of China's crisis*, Londres, Penguin Books, 1992.
- Li, Minde (coordinador), *América Latina y las relaciones sino-latinoamericanas: Presente y Futuro*, Editorial Shishi, 2001.
- Naughton, Barry, *The China circle, economic and technology in the PRC, Taiwan and Hong Kong*, Washington D.C., Brookings Institutions Press, Washington, 1997.
- Wilhelmy, Manfred, “China y América Latina”, *Estudios Internacionales*, N° 133, enero - marzo 2001.
- Yifu Lin, Justin, Cai, Fang y Li, Zhou, *State owned enterprises reform in China*, Hong Kong, The Chinese University Press, 2001.
- Zhang, Xichang y otros, *El tercer auge del establecimiento de relaciones diplomáticas de China*, Editorial Shijie Zhishi, 1998.

Documentos

- Banco Mundial, *World Development Report*, 2002.
- Hong Kong Trade Development Council (HKTDC), *Market Profile on Chinese Mainland*, octubre de 2003.
- China Statistical Yearbook, 2003.
- China, Reforma y Apertura. Informes, documentos y discursos*, La Habana, Editorial Política, 1990.